



## Reflexiones sobre la construcción de la representación de lo nacional-mexicano<sup>1</sup>

### Reflections on the Construction of the Representations of the National-Mexican

Beatriz Gómez Villanueva<sup>(\*)</sup>

México

[begovi23@yahoo.com.mx](mailto:begovi23@yahoo.com.mx)

---

#### **Resumen**

*La construcción de las representaciones sobre la identidad nacional ha sido a lo largo de la historia de las sociedades un proceso profundamente complejo en el que la acción mediadora de agentes diversos ha perfilado el carácter con el que hoy se identifican los miembros de una nación. En el caso particular de México, el Estado, tras el movimiento revolucionario que inició en los primeros años del siglo XX, se convirtió en el depositario de los valores nacionales a través de una estructura partidista-estatal jerárquicamente cohesionada que institucionalizó los principios de la Revolución. Así, lo nacional-*

#### **Abstract**

*Building representations about national identity has been, all throughout the history of societies, a deeply complex process in which the mediating action of diverse agents has shaped the character with which the members of a nation identify today. In the specific case of Mexico, after the revolutionary movement started in early 20th century, the State became the depositary of the national values through a party-state structure, hierarchically cohesioned, that institutionalized the beginnings of the Revolution. Thus, the concept of the national-Mexican, at official level dis-*

---

<sup>1</sup> Se puntualizarán sólo algunas reflexiones generadas a partir del análisis del corpus de la información en la que se sustenta la tesis doctoral *Propuesta para analizar la inserción del discurso nacionalista dentro de la retórica del gobierno mexicano (1938-1950 y 1982-2002)*, que se encuentra en etapa de elaboración.

*mexicano, al nivel del discurso oficial, ha sido una representación de control social que definió el rumbo del poder durante más de 60 años e hizo de ella su principal baluarte de legitimación durante toda una época.*

**Palabras clave:** *identidad nacional, representaciones colectivas, mediación social, análisis del discurso, México, historia.*

*course, has been a representation of social control that defined the course of power for more than 60 years, and made of it its main legitimization flag during a whole epoch.*

**Keywords:** *national identity, collective representation, social mediation, discourse analysis, Mexico, history.*

---

Identificar aquello que caracteriza a lo “nacional-mexicano” supone acercarse al centro de una inacabable polémica en la que se superponen la recurrencia al glorioso pasado prehispánico, los míticos estereotipos de lo “mexicano” -proporcionados en muchos sentidos por la cultura de masas cinematográfica-, o lo más íntimo de un sentimiento vivo que se construye y recrea cotidianamente. En este recorrido, el presente estudio desarrollará muy sucintamente la reconstrucción histórica de las representaciones de lo mexicano proporcionadas por el discurso oficial de la etapa posrevolucionaria y la retórica nacionalista del gobierno en su fase neoliberal. Se pretende entender cómo la concepción formulada desde la perspectiva gubernamental en su afán legitimador se convirtió, a lo largo de más de seis décadas, en una referencia esencial que formó parte del imaginario colectivo de toda una nación en su etapa moderna, y que dio normatividad a su quehacer social, político y económico.

## 1. ENTENDER LA IDENTIDAD

En un intento por abordar lo significativo de lo “nacional”, se han planteado diversas posturas teóricas en torno a la construcción de las identidades nacionales. En la aproximación psicosocial y funcional, la identidad personal se somete a la identidad social en el momento en que el sujeto pertenece a un grupo y define su quehacer dentro de él. Desde esta perspectiva, la identidad nacional es “parte del auto concepto de un individuo que deriva del conocimiento de su pertenencia a un grupo (Nación) junto con el significado valorativo y emocional asociado a dicha pertenencia” (Ramírez, 1989: 255). La identidad nacional es, igualmente, un producto colectivo que se transmite a los miembros del grupo en el curso del proceso de socialización.

La pauta de los sujetos por “agruparse” parte de la profunda necesidad de identificarse con alguna causa amplia y globalizante. Así, cuando se han agotado las alternativas previas, el nacionalismo es la mejor opción, ya que éste “...insiste sobre todo en la importancia de una especial identidad de grupo cultural que se convierte en el aspecto fundamental de las aspiraciones y la acción política” (Breuilly, 1990: 40).

Con la fuerza del nacionalismo se intenta recuperar una antigua identidad amenazada u olvidada. Este proceso ha sido particularmente significativo al transformarse las sociedades tradicionales a sociedades

industrializadas, ya que en estas últimas las relaciones entre los sujetos devienen en interacciones impersonales, abstractas y racionales, lo cual amenaza la construcción de vínculos comunitarios. En tales circunstancias, el nacionalismo se proyecta como fórmula que supera la “individualidad” y crea lazos entre los miembros del grupo: “proporciona (el nacionalismo) etiquetas simples y concretas con las que caracterizar a los amigos y a los enemigos” (Breuilly, 1990: 42). Asimismo, ante los vertiginosos cambios que se suceden al modificarse una sociedad tradicional para convertirse en moderna, el nacionalismo funciona como promotor de la transición hacia la modernidad. El nacionalismo se convierte en la “religión de la modernización” (Breuilly, 1990: 44) que crea nuevos proyectos y nuevas identidades.

Por su parte, la teoría de la solidaridad de grupos sustenta que el grupo en particular y la nación en general se vislumbran como desarrollados sistemas de comunicaciones internas que propician una sensación de identidad común. El grupo se conforma cuando los individuos desean obtener bienes producidos conjuntamente que no pueden conseguirse siguiendo mecanismos individuales. La articulación de intereses comunes, el acuerdo sobre procedimientos constitucionales y los acuerdos sobre la producción y asignación del bien colectivo son los elementos fundamentales que caracterizan al grupo. Una vez integrado, la solidaridad grupal dependerá de la amplitud de las obligaciones colectivas y el grado en que los miembros cumplen estas obligaciones. Luego entonces, la supervivencia del grupo estará supeditada a la capacidad de controlar y sancionar a sus miembros. Al aplicar esta teoría al nivel macro-social puede señalarse que el nacionalismo se refiere a los sujetos de un determinado territorio que desean la soberanía estatal, el control de su propio aparato estatal. Ello da pauta a la formación de los partidos nacionalistas, los cuales transforman en acción el sentimiento nacional.

De acuerdo a las aproximaciones sobre identidad vinculadas al cambio histórico, desde las comunidades primitivas hasta las organizaciones sociales previas al Estado moderno, la sociedad o idea del “nosotros” imperó sobre los rasgos individuales. Así por ejemplo, durante la antigüedad clásica el “yo” era definido considerando los elementos sociales por encima de las características personales. La identidad del “yo” se sujetaba, entonces, al predominio de la identidad como “nosotros”.

Esta concepción sufrió una importante transformación a lo largo de la Edad Media y, a partir del Renacimiento, la forma identitaria del yo

(con peculiaridades individualistas) fue la más destacada. En el siglo XVII ya es clara la diferencia entre lo que se hace de manera individual y de manera colectiva, diferenciación que cobró relevancia durante el siglo XIX. Fue en esta época cuando la caracterización de corrientes sociopolíticas opuestas condujo a la acuñación de términos tales como individualismo *versus* socialismo y colectivismo. Igualmente, la modificación del vínculo entre individuos y colectividad pasó a una mayor preponderancia de lo individual.

Los cambios sociales y tecnológicos generados al final del siglo XIX y a principios del XX configuraron formas de interacción nacional más intensas; en este contexto, el cine proporcionó referentes para la formulación de estereotipos y de imágenes de la vida cotidiana. Con el actual desarrollo de los medios de comunicación, la revolución tecnológica y los procesos de globalización económica, las percepciones culturales han tenido que integrarse a redes mundiales de significado instaladas en el ámbito de lo global posmoderno. Ello ha propiciado en el terreno cultural una serie de tendencias uniformadoras que, no obstante su avance acelerado, no ha podido desplazar a la insoslayable pluralidad cultural.

La conformación de identidades expresa la relación entre el individuo y la colectividad. Es un fenómeno que surge a partir de la dialéctica entre el individuo y la sociedad. Las identidades se insertan en prácticas cotidianas y implican la adscripción e identificación del sujeto con diversos proyectos imaginarios que se concretizan en grupos religiosos, políticos, culturales, sociales...

“Las identidades imaginarias son pactos simbólicos que influyen en la práctica social y constituyen recursos para la articulación de proyectos. Son los fantasmas del imaginario que cobran forma y vida en la conciencia social; arquetipos que desdibujan a los hombres y mujeres reales. El individuo no se reconoce en sí mismo, sino en los fantasmas colectivos... de la manga mágica de las identidades colectivas han nacido grupos, etnias, nacionalidades, estados, nación, movimientos sociales, culturas alternativas, etc.” (Valenzuela, 1992: 16).

La identidad social asume diferentes características y supone dimensiones de integración, estrategia y compromiso (Valenzuela, 1992: 17). La integración trata del proceso mediante el cual se interiorizan roles y estatus (sometimiento a la “personalidad social”) y que se expresa en los grados de integración normativa, en la cohesión grupal. La estrategia se vin-

cula al ámbito de la racionalidad instrumental y en ella la identidad se da ante la búsqueda de objetivos (la identidad es asumida como un medio para la acción). El compromiso se refiere al compromiso del individuo con un proyecto alternativo de vida. Se configura la posibilidad de construir un futuro imaginado, una nueva realidad en la que han sido mediadas las representaciones sobre el entorno.

Al estudiar el origen de las identidades debe considerarse que éstas surgen de “aspectos compartidos que pueden derivarse de intereses comunes, identidades previas, carencias y necesidades similares o referentes inventados. En este proceso intersubjetivo de reconocimiento se construye la conciencia del ‘nosotros’ y concomitantemente la identificación de ‘los otros’, los que no comparten las características principales que constituyen la identidad, y que son aspectos necesarios para la configuración de la acción colectiva” (Valenzuela, 1992: 59).

Sucintamente, para abordar el análisis de las identidades es necesario destacar, entre otros, los siguientes elementos (Valenzuela, 1992: 23):

1. La identidad se refiere a la relación históricamente determinada entre individuos y colectividad.
2. Las identidades son constructos históricos definibles a partir de su inserción en contextos socio históricos particulares.
3. La identidad no es comprensible en sí misma, sino a través de las diferencias que sostiene con quienes no comparten sus rasgos definitorios de identidad.
4. Las identidades no son estáticas, sino que cobran sentido dentro de ámbitos de interacción social.
5. La identidad se delimita a partir de la tradición, lo permanente, la adscripción, lo específico.
6. Para que un elemento pueda identificarse como rasgo de identidad es necesario que el grupo integre a su sistema cognitivo ese elemento como asimilación.
7. Las identidades se transforman en el tiempo y en el espacio.

8. Las identidades pueden estar referidas a elementos culturales tradicionales, pero también pueden derivarse de intereses compartidos o de respuestas a condiciones nuevas.

9. Las identidades se constituyen en la acción social y se refrendan en el ámbito simbólico.

10. El Estado nacional y las identidades culturales, como entes imaginarios no se reducen a lo simbólico, sino que adquieren dimensiones determinantes en la vida social. Son campos de consenso, discusión y conflicto.

11. El desarrollo de los medios de comunicación de masas ha propiciado nuevas formas de adscripción identitaria y de procesos imaginarios, lo cual ha convertido a los MCM como mediadores con el propósito de uniformar diferencias.

El concepto de identidad nacional se vincula a una dimensión ideológica que supone la identificación con un proyecto de nación. El sector social dominante propone una visión común de sociedad, la cual es compartida por diversos sectores y clases sociales y que se concretiza de formas múltiples. Esta visión considera un modelo de desarrollo socioeconómico y un imaginario en el cual se legitima.

El nacionalismo es, entonces, la serie de acciones y proyectos que surgen de la concepción e interiorización de la nación o lo nacional; es una cosmovisión compartida que se reconoce en el imaginario colectivo y que se refrenda en la acción y en el mundo simbólico.

Por otro lado, el nacionalismo es un fenómeno moderno vinculado al desarrollo del capitalismo. Si bien el poder estatal surgido de ese modo de producción depende más que nunca del apoyo y consentimiento de la población, evidentemente no llega a representar los intereses de clase de las mayorías. En esa medida, surge una política de masas y una ideología orientadas a crear un motivo de convocatoria alterno al de la clase: el nacionalismo (García Canclini, 1982: 73).

El nacionalismo es, en esencia, una fórmula que representa los intereses de una clase en particular, pero con la capacidad para inducir apoyo en otras clases (la alianza que genera es multclasista).

Dentro de las concepciones políticas de lo nacional hay una definición “biológica-telúrica” que hizo su aparición como sustento ideológico de los Estados oligárquicos. En esta concepción, la nación está integrada por un conjunto de individuos vinculados por lazos naturales -el espacio geográfico, la raza- e irracionales -el amor patrio, la religión-, sin considerar las diferencias existentes al interior de la nación misma. Si bien se pretenden anular los criterios históricos para definir lo nacional y se destaca la composición racial como eje de unión, de hecho, este nacionalismo consagra un modo de relacionar la naturaleza con la historia:

“Sus meditaciones metafísicas sobre el ser nacional buscan preservar en el plano simbólico la identificación de los intereses con los de los patricios y las grandes familias, disimuladas bajo interpretaciones aristocráticas del pasado la explotación con que la oligarquía obtuvo sus privilegios. La dinámica histórica, que ha ido constituyendo el concepto y el sentimiento de nación, es diluida en la tradición. Se olvidan los conflictos en medio de los cuales se formaron las tradiciones nacionales o se les narra legendariamente, como simples trámites arcaicos para configurar instituciones y relaciones sociales que garantizarían la esencia de la Nación: la iglesia, el ejército, la familia, la propiedad” (García Canclini, 1982: 73).

En la definición sustancialista, lo nacional-popular no reside en la raza, ni en el asiento geográfico, ni en la tradición, se instala en el Estado. Éste, a consecuencia de los movimientos revolucionarios o independentistas, se convierte en el depositario de los valores nacionales y es, por tanto, el mediador y conciliador en las controversias entre sectores. Tal organización se sostiene por la figura de un líder carismático o por una estructura partidario-estatal jerárquicamente cohesionada como ha sido el caso del sistema político mexicano.

Hay una exigencia explícita para que las iniciativas populares se subordinen a los intereses “nacionales” que fija el Estado. Se recurre al origen étnico o al orgullo histórico como entes integradores de la identidad nacional, identidad representada en las líneas de acción gubernamentales.

La cultura nacional -uniformadora de desigualdades- es concomitante a un proceso selectivo mediante el cual se conforman identidades compartidas por sectores mayoritarios de una nación (si bien los rasgos identitarios fundamentales son establecidos por las clases hegemónicas).

Las culturas nacionales han crecido bajo el impacto de la urbanización, de la imposición de mitos fundadores, de los MCM. La cultura nacional es una dimensión de la identidad que cada vez más se asocia a una dimensión transnacional y global.

## 2. EL DISCURSO DE LO NACIONAL: EL CASO DE MÉXICO

Si bien la conquista española del antiguo México Tenochtitlan significó la negación absoluta de la capacidad participativa del indígena, lo que generó una relación de dominación-explotación y de destrucción cultural, el proyecto criollo humanizó la figura del indígena, pero sin darle cabida en este plan. Con la independencia se despenalizaron ciertas manifestaciones populares enraizadas en la tradición y un siglo después, con la Revolución de 1910, se sentaron las bases de un plan sobre el cual se sustentó el proyecto nacional hasta finales del siglo XX. Esta etapa posrevolucionaria fue el marco que dio forma y vigor a la trayectoria de una nueva burguesía que se configuró a través de una serie de estrategias económicas encaminadas a la construcción de un México adscrito al concierto de las “naciones modernas”.

Con la nueva dinámica desarrollista se rompieron antiquísimos esquemas de convivencia y expresión populares, dado que para las mentalidades “progresistas” no era factible seguir aceptando las formas de la cultura “anacrónica”. Fue así como el Estado mexicano se convirtió en el depositario del interés nacional y acuñó para sí el término de nación. La *Revolución* se convirtió en el icono de un fenómeno atemporal, propio de la “modernidad”, que fue institucionalizado y convertido en el eje de acción gubernamental y ciudadana. Así, toda propuesta emanada de los distintos órganos de gobierno sólo podía ser viable si era afín a los propósitos revolucionarios. En la década de los 30, el presidente Lázaro Cárdenas convocaba a ajustarse a los principios de la Revolución y a respaldar su doctrina en aras de propiciar la grandeza de la patria. El progreso era entendido como proceso cuya vía de acceso debía apegarse a los mandatos revolucionarios y bajo esos preceptos, se concibió la integración nacional, condición indispensable para satisfacer los *anhelos de la nación*. En este esquema, su proyección de soberanía suponía superar la confrontación con el mundo exterior, el que se cernía como amenaza latente y explícita. En este sentido, lo nacional era un camino centrado en la preservación de lo propio, en

contradicción con lo extranjero. Ello implicaba la integración del indígena a la cultura mestiza con el propósito de afirmar la integridad de la nación y convertir al indígena en *ciudadano útil*.

En este contexto, el Estado-nación se constituyó a sí mismo en el punto de cohesión dentro de los límites de la “identidad nacional”, admitió que la modernización era inevitable y rechazó el lastre de un nacionalismo basado en lo folclórico y pintoresco que se vislumbraba como anquilosante.

En los primeros años de la década de los 40 comenzó una fase de repunte económico que se caracterizó por centrar sus objetivos prioritarios en la industrialización del país. Se instrumentó una política de sustitución de importaciones que pretendió alentar la producción de bienes de consumo e inversión que hasta ese entonces se importaban. Al mismo tiempo se promovió la construcción de vías terrestres y telecomunicaciones, así como la producción de los elementos que garantizaran el óptimo desenvolvimiento del proceso manufacturero (agua, electricidad, hidrocarburos...).

También, se impulsaron ampliamente los esfuerzos de inversión del sector privado, nacional y extranjero, mediante proteccionismos indiscriminados, reducidos aumentos salariales, creación de grandes obras de infraestructura, otorgamiento de créditos y suministro energético barato.

Todo ello dio por resultado un acelerado crecimiento económico que, en 1948, se manifestó en la elevación del producto nacional bruto a una tasa anual del 6%, en tanto que la producción manufacturera aumentó en un 8% (Nieto, 1986: 34).

Sin embargo, este “milagro mexicano” tuvo un altísimo costo social, económico y político. Por un lado, la acumulación de capital se centralizó en el fortalecimiento de los monopolios nacionales y extranjeros y los empréstitos empezaron a utilizarse como mecanismo de “equilibrio” de la balanza de pagos. Además, se explotó en forma absoluta la fuerza de trabajo y se deterioró el salario del 90 por ciento de los mexicanos, mientras que un pequeñísimo grupo logró concentrar cerca de la mitad del ingreso total del país. Asimismo, en el ámbito interno emergió un sector urbano que devino en el principal cliente de la producción industrial.

Las administraciones gubernamentales de Manuel Ávila Camacho y de su sucesor, Miguel Alemán, se centraron en constituir un proceso de

apertura forzada que introdujo al país las posibilidades de hacer suyo un proyecto de modernización sustentado férreamente del exterior.

El largo y costoso proceso de modernización económica que se impuso en México respondió a decir de los jefes estatales, al genuino “interés nacional”, fórmula tácita de la concepción de un pasado histórico cristalizado en las instituciones del Estado. Así, pasado y presente amalgamaron sus enormes diversidades para construir el lenguaje político exclusivo de las fuentes oficiales. Tras la proclamación de la “Unidad Nacional” puesta en práctica por el presidente Ávila Camacho, el Estado borró diferencias, ocultó las contradicciones sociales e hizo emerger el orgullo de la mexicanidad.

“En el horizonte prevaleciente, el de la Revolución Mexicana, lo nacional -territorio, tradiciones, derrotas y conquistas, creencias, costumbres, religión- es el único espacio de las mayorías, sus vías de comunicación y cohesión internas. Lo nacional es adquisición histórica, lo que consiguió el pregonado millón de muertos de la lucha armada... Para las masas, lo nacional es el círculo de la seguridad, la compensación que transmuta los grandes valores (patria, historia, religión, habla, costumbres, sensaciones utópicas) en las disposiciones de la vida cotidiana” (Monsiváis: 41).

Este tipo de Estado que al asumirse como nación logró monopolizar el sentimiento histórico, pudo consolidarse en la medida en que fue capaz de convertirse en depositario de las aspiraciones de ascenso y bienestar.

En su discurso, Ávila Camacho (1941-1946) señalaba con énfasis la importancia de respetar y mantener la *pureza* de las instituciones, pugnaba por dinamizar la *índole progresista de los gobiernos revolucionarios* y miraba a la educación como un modo de *avivar el orgullo por la nacionalidad* y de promover el culto a *las gloriosas tradiciones patrias*. Pedía a los ciudadanos *sustentar las ideas nacionales sobre las exóticas (comunismo, sinarquismo), con la guía que ofrecían los principios de la Revolución*. También, establecía como fundamental consolidar la independencia política, la liberación económica, el enaltecimiento cultural y ético, a través de la democracia.

Durante su gestión, Miguel Alemán (1947-1953) desarrolló un lenguaje oficial que continuó proclamando como su directriz los procesos de las instituciones revolucionarias, aunque ello se puntualizaba a partir de

un requerimiento de orden fundamentalmente económico, ya no tanto como una manera de fortalecer los *valores espirituales*, a los que hacía alusión Ávila Camacho. Asimismo, Alemán conminaba a demostrar el amor patrio con el trabajo, con el acatamiento a las leyes y con la disciplina autoimpuesta; el valor de la productividad se convirtió en uno de los pilares de su disertación, el que se vinculaba con la necesidad de apertura al exterior. De este modo, el ascenso social, vía lo económico, formaba parte de la promesa gubernamental para acceder al desarrollo.

El nuevo esquema nacionalista, fundamentado en la preponderancia del quehacer productivo urbano, amalgamó sus características con la magia de lo novedoso y lo tecnológico que ofrecía la vanguardia capitalista. El acercamiento a ese mundo industrializado formaba parte de las expectativas para generar una realidad nacional más afín a los propósitos del *progreso*.

Después de un periodo de relativa estabilidad social y económica que sustentó el gobierno priísta de las siguientes dos décadas, el ensueño desarrollista se confrontó con los traumáticos hechos que ensangrentaron al país en octubre de 1968, tras la matanza de estudiantes y la desarticulación de su movimiento. La crisis política y social tocó su punto más candente al final de los años 60 y si bien el gobierno de Díaz Ordaz pudo amordazar y reprimir las manifestaciones populares de descontento, su sucesor, Luis Echeverría tuvo, ante el cisma, la necesidad de impulsar un proceso de reconciliación nacional y uno de sus bastiones fue la política de apertura democrática, la que se convirtió en válvula de escape para una sociedad que ya no podía admitir el brutal autoritarismo gubernamental. Sin embargo, la instrumentación de tal política fue casi un maquillaje que si bien abrió algunos cauces de la libertad de expresión, no terminó con el despotismo y la inequidad que sufría el país. Al final de su sexenio, Echeverría marcó la tónica que caracterizó a las siguientes administraciones priístas: con él iniciaron las recurrentes y profundas crisis económicas que hundieron a México en la inestabilidad y, en muchos casos, en la ingobernabilidad.

La recuperación económica que pareció vislumbrarse al inicio de la década de los 80 y que se fundamentó en la riqueza energética del país fue un mito que estalló en 1982, cuando México vivió una de las etapas más sombrías en su historia al concretarse una devastadora devaluación del peso, lo que originó una fuerte crisis que más allá de lo económico, propi-

ció una aguda crisis social y de credibilidad respecto a la eficacia del mandato del ejecutivo. Justo terminaba el gobierno de José López Portillo, e iniciaba el de Miguel de la Madrid (1982-1988). Ante lo hechos, se imponía encontrar el elemento restaurador del equilibrio, al menos en la conciencia de los ciudadanos, por lo que se enfatizó con agresividad el discurso de lo nacional, referente que -más que nunca- se convirtió en el ancla a partir de la cual se justificaba la acción del gobierno. Ser nacionalista implicaba mantener el estoicismo ante el requiebre económico, soportar la austeridad, *afrontar la crisis mediante la plena restauración de los principios esenciales de la Revolución*. Era necesario que los ciudadanos se aferraran *al nacionalismo como fuerza vital* y afirmar con vigor *la confianza en la grandeza nacional*.

Un concepto esencial del mandato de Miguel de la Madrid fue el de *Nacionalismo Revolucionario*. Señalaba al nacionalismo como el núcleo ideológico que aportaba *forma y coherencia al México contemporáneo*, y en este sentido, su planteamiento de *Renovación Moral* sólo podía concebirse en apego a los anhelos revolucionarios. Indicaba que la Revolución institucionalizada otorgaba *estabilidad y paz social*, ella era *el motor del proceso permanente de crecimiento y cambio*, y reconocía en los héroes nacionales *el ejemplo permanente de nuestra conducta*.

Sin duda este mandato, cercado por la crisis, la negligencia (observada en su inacción ante los terremotos de 1985 que afectaron sobre todo a la capital del país) y la mediocridad en la gestión administrativa, fue uno de los más grises que se recuerden en la historia del México contemporáneo. Esa tesitura hizo posible que emergiera con fuerza avasallante la alternativa política de izquierda que encabezó Cuauthémoc Cárdenas, candidato a la presidencia e hijo del ex presidente Lázaro Cárdenas, icono del populismo en los años 30. En la contienda electoral de 1988, en la que el gobierno fue juez y parte, el candidato priísta Carlos Salinas de Gortari obtuvo una victoria enormemente cuestionada que si bien alteró la vida de la nación, se impuso por encima de quienes reclamaban justicia ante el fraude.

Salinas de Gortari inició su mandato como gobierno “ilegítimo” ante los ojos de las mayorías, sin embargo, su elocuencia discursiva y la intensidad de sus acciones de gobierno le otorgaron popularidad y en ciertos sectores existió consenso sobre su capacidad de “sacar” al país de la crisis. En esta etapa plenamente neoliberal, Salinas se adhirió a la voráGINE

de la globalización y su discurso del *cambio* fue el eje que estructuró toda la retórica de su sexenio. Este cambio se fundamentaba justamente en los principios revolucionarios. Decía que era necesario *cambiar para garantizar la continuidad histórica de México y hacer realidad la Revolución*. La exigencia era “modernizar” a la nación a través de su vinculación comercial con los países desarrollados del orbe. Así, ser nacionalista implicaba aceptar al “nuevo” México que requería ser consonante con los requerimientos transnacionales. La modernización era vista *como nacionalista y popular*, y la tradicional rectoría del Estado en materia económica fue trascendida a partir de innumerables acciones de privatización que permitieron desincorporar empresas públicas *para responder al carácter social y nacionalista*. Eso era para Salinas *volver al sentido original de la Revolución: modernizar para que la Revolución perdure*. Su exhortación *era mantener el orgullo en nuestras raíces mirando el futuro y querer que México sea parte del Primer Mundo, no del Tercero*. Asimismo declaraba que el nacionalismo *no era la añoranza de otros tiempos*: su nuevo rostro estaba vinculado a su apertura al exterior.

No obstante la grandilocuencia de sus conceptos y de su ejercicio para consolidar procesos de apertura, como la firma del Tratado de Libre Comercio de América del Norte, un inesperado giro sacó a flote la siniestra cara de la miseria y de la inequidad. Un movimiento armado de extracción indígena sacudió al país en 1994 y ese hecho (que a pesar de todo devino en marginal al cabo de los años), desestructuró las acciones y el discurso. Después de incipientes maniobras represivas, el gobierno optó por un pretendido diálogo y así puede observarse en su último informe de gobierno que el tema es abordado con cautela; Salinas apela por la paz, por la protección de la libertad, por no violentar las decisiones de la mayoría, por generar acuerdos que favorezcan a los más desprotegidos. También, ante el asesinato del candidato presidencial priísta Luis Donaldo Colosio a manos de sicarios cuyos móviles aún no se conocen con certeza, Salinas de Gortari se comprometió a *actuar frente a las amenazas criminales con apego a la ley*. Estos dos hechos violentos ensombrecieron el panorama nacional, sin embargo, el consenso favorecía a Salinas, por lo que el nuevo candidato presidencial del PRI, Ernesto Zedillo, ganó la contienda electoral de 1994 con absoluta contundencia.

A pesar de las adversidades que ocasionaron escepticismo sobre la viabilidad de conducir acciones asertivas para abordar una realidad social de desintegración y de temor ciudadano, Ernesto Zedillo fue respaldado por varios sectores. Sin embargo, justo al comienzo de su mandato estalló

una gran crisis económica derivada de la poca solidez financiera que Salinas heredó a su sucesor. Fue otro momento de honda crisis que Zedillo supo manejar con estrategias de saneamiento económico que al cabo de pocos años generaron algunos resultados efectivos en el nivel macroeconómico. En este sentido, el discurso del inicio de su sexenio giró en torno a la recuperación. Señalaba la importancia de la disciplina fiscal, de aumentar significativamente el ahorro nacional, de sustentar el crecimiento en la inversión privada, nacional y extranjera, y de manera particular, *llevar a cabo las reformas estructurales para contar con una economía cada vez más eficiente.*

El discurso de Zedillo se desmarcó casi por completo de la tradición priísta de abordar con recurrencia el concepto de nacionalismo. En sus informes de gobierno no señala este término de manera explícita y su alusión a los *principios revolucionarios* es prácticamente nula (sólo destaca que el *Estado, desde la Revolución Mexicana, ha tenido una firme política social*). En esta nueva etapa, su retórica se basa en la importancia de fortalecer al Estado, de apegarse a la Constitución y a sus leyes, de activar programas de desarrollo social.

Como fuerte defensor de la economía de mercado, Zedillo veía en ella *el medio más poderoso para alcanzar el progreso de cualquier nación*. No obstante, sus señalamientos sobre el ámbito de lo político fueron los más destacados en su discurso, sobre todo al final de su sexenio. Para muchos analistas, la gestión de Zedillo impulsó con determinación el camino que llevaría a las fuerzas políticas opositoras a alcanzar el poder en el año 2000. Mencionaba, por ejemplo, la relevancia de *propiciar la competencia política para promover la unidad nacional, la estabilidad política y el progreso del país*. Se declaraba capaz de *renunciar a todo poder extraconstitucional antes asociado a la Presidencia*. De hecho, durante su mandato se constituyó un órgano autónomo del gobierno, el Instituto Federal Electoral, que se encargaría del proceso electoral de 2000. Alrededor de este proceso decisivo creció con enorme fuerza la figura carismática de Vicente Fox Quesada, líder derechista de la oposición, quien creó todo un movimiento ciudadano que aglutinó los anhelos de un cambio definitivo que rompiera con la virtual dictadura del PRI-gobierno.

En un hecho histórico, en la elección presidencial de julio de 2000, Vicente Fox, candidato del Partido Acción Nacional, se alzó con el triunfo, y con ello terminaron más de seis décadas de gobiernos priístas. El triunfo

fue incontrovertible y parecía vislumbrarse el inicio de una nueva época. Así lo auguraba el mismo Zedillo, quien en su último informe de gobierno destacó que México *ha completado su camino hacia la democracia* y que *contamos, como resultado de la voluntad ciudadana, de alternancia política*.

Fox inició su mandato con el apoyo mayoritario de la ciudadanía, las expectativas sobre el éxito de su gestión eran enormes. El espíritu triunfalista dominó los primeros años de su gobierno. La expresión del concepto de lo nacional, como tal, desapareció en esta etapa. Asimismo, las referencias históricas a la grandeza de los héroes y las instituciones se anularon. Fox, sensible a las nuevas condiciones de desarrollo nacional y mundial, se centró en señalar la importancia de *propiciar un humanismo moderno, emprendedor*. Hablaba de *edificar un México más humano y de impulsar el tránsito del liberalismo a ultranza al nuevo humanismo económico*. Fue, a nivel discursivo, el periodo de los logros. Así, subrayaba que el suyo era un mandato *decidido a acotar el poder en el país del poder, de tomar decisiones sin tintes partidistas*, comprometido a *dar oportunidad a la democracia para construir una sociedad incluyente*. Apuntaba el logro de ser *aval de un cambio con estabilidad* y de haber *desterrado el fantasma de las crisis económicas recurrentes*.

Sin embargo, el triunfalismo de Fox se desdibujó a partir de los magros resultados de política microeconómica (que contrastaron con el enriquecimiento ilimitado de los monopolios), y de las serias pugnas partidistas a nivel legislativo que limitaron su acción como poder ejecutivo; el suyo fue un mandato de transición, muy influido por las nuevas dinámicas de desarrollo global que cada vez polarizan y afectan más a las sociedades: el cambio climático, el crimen organizado, la pobreza extrema, el narcotráfico.

### 3. CONCLUSIONES

A lo largo de esta sucinta reconstrucción histórica, es posible entender cómo lo nacional-mexicano, al nivel del discurso oficial, ha sido una representación flexible en su definición, acorde a las circunstancias históricas, políticas y sociales nacionales y mundiales. Ha sido un elemento esencial de control social y ha justificado el rumbo del poder. En la etapa pos-revolucionaria el carácter marcadamente normativo, autoritario y paternalista del discurso respondió a la necesidad de dar cohesión social a una

nación desestructurada por el movimiento revolucionario, de generar estabilidad a partir de su tarea mediadora. En las esferas de gobierno se imponía introducir al país en la dinámica de la “modernización” y el discurso oficial pretendió forjar un concepto de identidad cristalizado en la historia, pero muy afín a los requerimientos del *progreso*, perspectiva que encontraba en el capitalismo el camino más viable de desarrollo.

En su fase neoliberal, los gobiernos mexicanos, en concordancia con los requerimientos de apertura económica y comercial que han caracterizado a los procesos históricos más recientes, utilizaron la representación de lo nacional como el elemento sustentador de los anhelos de desarrollo de los mexicanos. Se mistificó el nuevo modelo neoliberal y ante las sucesivas crisis económicas, la recurrencia al nacionalismo fue el antídoto que lograría trascender la inestabilidad social y política. En sus versiones más actuales, con Zedillo y Fox, esta representación en su forma explícita queda en desuso, sin embargo, implícitamente no deja de ser un factor de cohesión. En ambos discursos se destacan los aspectos que enfatizan el compromiso de las instituciones en el ejercicio de gobierno y hay una reiterada alusión al factor democrático.

Si bien las representaciones de lo nacional que han sido creadas a partir del discurso de gobierno conforman sólo una faceta del amplio espectro en torno a la mexicanidad, reflejan, sin duda, cómo el ejercicio del poder tras sus expectativas de legitimación, han hecho de una representación el principal baluarte que ha normado la vida social, económica y política de toda una nación.

## BIBLIOGRAFÍA

- ALEMÁN, Miguel (1947-1948): *Informes de gobierno*, México.
- ÁVILA CAMACHO, Manuel (1941-1946): *Informes de gobierno*, México.
- BREUILLY, John (1990): *Nacionalismo y Estado*. Barcelona: Pomares-Corredor.
- CÁRDENAS, Lázaro (1939-1940). *Informes de gobierno*, México.
- DE LA MADRID, Miguel (1983-1988): *Informes de gobierno*, México.

FOX, Vicente (2001-2002): *Informes de gobierno*, México.

GARCÍA CANCLINI, Néstor (1982): *Las culturas populares en el capitalismo*. México: Nueva Imagen.

HETCHER, M (1989): “El nacionalismo como solidaridad de grupo”, en PÉREZ ARGOTE, Alfonso (comp.): *Sociología del nacionalismo*, Vizcaya: Universidad del País Vasco.

MARTÍN BARBERO, Jesús (1987): *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*. México: Gustavo Gili.

MARTÍN SERRANO, Manuel (1978): *La mediación social*. Madrid: Akal.

MONSIVÁIS, Carlos: “Notas sobre el Estado, la cultura nacional y las culturas populares”, en *Cuadernos políticos*, nº 30.

NIETO, J. de Jesús (1986): *Diccionario histórico de México contemporáneo 1900-1982*, México: Alhambra Mexicana.

RAMÍREZ, Sagrario (1989): “En torno al concepto grupal de nación: una lectura psicosocial”, en PÉREZ ARGOTE, Alfonso (comp.): *Sociología del nacionalismo*, Vizcaya: Universidad del País Vasco.

SALINAS DE GORTARI, Carlos (1989-1994): *Informes de gobierno*, México.

VALENZUELA, José Manuel (1992): “Identidades culturales: comunidades imaginarias y contingentes”, en VALENZUELA, José Manuel (coord.): *Decadencia y auge de las identidades (Cultura nacional, identidad cultural y modernización)*. Tijuana, Baja California, México: El Colegio de la Frontera Norte, Programa Cultural de las Fronteras.

VARIOS AUTORES (1981): *Cuadernos políticos*, nº 30, octubre-diciembre 1981. México: Era.

ZEDILLO, Ernesto (1995-2000): *Informes de gobierno*. México.

**PARA CITAR ESTE TRABAJO EN BIBLIOGRAFÍAS:**

GÓMEZ VILLANUEVA, Beatriz (2008): “Reflexiones sobre la construcción de la representación de lo nacional-mexicano”, *Mediaciones Sociales. Revista de Ciencias Sociales y de la Comunicación*, nº 3, segundo semestre de 2008, pp. 91-109. ISSN electrónico: 1989-0494. Universidad Complutense de Madrid.

Disponible en: <http://www.ucm.es/info/mediars>

**(\*)La autora**

Beatriz Gómez Villanueva es Profesional en Comunicación de la Universidad Nacional Autónoma de México, Campus Acatlán, y Doctoranda en Comunicación de la Universidad Complutense de Madrid. De 1987 a 1998 fue catedrática de la licenciatura en Periodismo y Comunicación de la UNAM y por varios años fue la encargada de comunicación de las oficinas centrales de los colegios La Salle del Distrito México Norte. Actualmente es asesora académica de la Federación de Escuelas Particulares de Tula, Hidalgo, México, perteneciente a la Confederación Nacional de Escuelas Particulares y Directora de Bachillerato del Colegio Sor Juana Inés de la Cruz, del Estado de Hidalgo. Es especialista en temas educativos.

Correo electrónico: [begovi23@yahoo.com.mx](mailto:begovi23@yahoo.com.mx).